

Filantetría

La venganza de las comehombres en Tijuana

UNA DULCE FRIVOLIDAD = SIRENAS DEL CORAZÓN

■ Fernando LÓPEZ MATEOS

Toda revisión relativa a las sirenas, esos seres mitológicos que circundaron el viaje de Ulises por el "mar de los islotes" (archipiélago del Mar Jónico), asunto de la controvertida *Odissea* de Homero, tiene siempre muchas caras que presentar, y con ellas su ineludible fin, el de permanecer sufriendo y llorando la huida de los hombres ante la llamada amenazante de su canto.

En Tijuana tenemos la posibilidad de ver una de esas tantas caras, aparecidas en el pequeño foro del Nopal Centenario, el cual recibe y alberga el peligroso cantar de estas polémicas criaturas, dentro del montaje de Edward Coward titulado *Sirenas del Corazón*.

Generalmente, la mitología da a dichos seres connotaciones malévolas, pérfidas, macabramente transfiguradas. También están revestidas de misterio por el legendario origen y motivo de ser por el cual sobreviven. Sin embargo, en la versión de Coward, la realidad de dichos seres se nos presenta diferente: herética, justiciera, irreverente y deliciosamente frívola.

Con el decidido propósito de embrujar al público, especialmente al masculino por razones obvias, Coward y sus amigas emergen del océano de entretelones y narran una serie de anécdotas relativas a sus andanzas en aquello de seducir a los hombres y sus fracasos fortuitos.

Lo original del caso radica en que ninguna de ellas se ha suicidado por no poder conquistar a ninguno, y la que lo ha hecho, ha tenido que sufrir las consecuencias del amor, del haberse dado la oportunidad de beber la poción de las pasiones, el elixir de la contrariedad sentimental.

Pero la causa por la cual ha logrado sobrevivir a los desaires de los varones, dista mucho de provenir de una fuerza de voluntad capaz de levantarse contra Poseidón (o su versión romana de Neptuno), sino más bien de un grácil ejercicio de cinismo protector contra la insinceridad humana, para volcarlo convertido en una fortalecida carga de indiferencia frívola.

En un dinámico juego de palabras, amaneramientos

voluptuosos y gestos extracotidianos, las sirenas del corazón cantan al incauto lo mismo que al aguzado con la calidad de una ramera pura e inocente, dentro de un discurso cuyo resultado es más feminista que cualquier discurso desgastado intelectualoide o politizante.

Las sirenas no abogan por luchar contra Orfeo para terminar petrificadas por la magia de su lira, al contrario, ahora se unen a él y le proponen que toque el piano. Entonces tenemos un Orfeo-Natasha que retoma la música y las unifica en coro para que los hombres no huyan de ellas. Se percibe, en consecuencia, una acción de bloque trabajado, más o menos limpio, que hará de los hombres una presa más del cardumen de los deseos.

La sirena que toma la batuta no podía ser sino la que levanta la voz para decir una verdad a favor de la feminidad "a flor de escama" de nuestras intrépidas heroínas. Georgette dirige, envidia, aboga por sus hermanas y arremete contra cualquier debilidad que se presente en ellas. Ellas tienen fuerza, tienen estilo, tienen el don. Mientras tanto, le hacen coro remilgosas y furibundas Candy y Simoneta, víctimas de la lujuria no correspondida, dejando atrás a la cándida Armida, elocuente con su belleza simple y su destino fácilmente previsible. Armida luce sencillamente bella.

El canto incita, no hay momento en que dejemos de ver las formas, los cuerpos protuberantes y los desfiguros de éstos, pero atrae sobre todo el bello rozar de las cuerdas vocales de Emma que está a punto de seducir a cualquiera que se acerque a su trampa tendida para apoderarse de nuestros sentidos.

Emma casi nos arrastra, casi nos seduce. Finalmente es la más juiciosa o la más perversa. Sus gestos nos dicen casi todo, se nota que no estudiado y cuida su trabajo: un gesto habla, otro lo refuerza, y otro más nos da el tiro de gracia, su presencia y su elocuencia nos va convenciendo. Su voz nos deleita y queremos que nos dé más. De repente, ella es una historia y las otras son el coro. Parece un duelo por ganarle el estelar a Georgette. Pero ella se sostiene, como dándole el lugar de líder a ésta última.

Y Neptuno, fuera de las pretensiones de las damas,

no se acomode, no contesta, no da paso, parece estar revolcándose en la indecisión por su Nerreida Anftrite, pero termina sin relacionarse, haciendo una especie de vado en la historia, como partida en dos por este motivo. Hubiera sido muy gratificante ver su airada respuesta ante sus aliadas en la batalla contra Ulises, enemigas ahora de su poder divino.

En toda esta reconstrucción de los mitos desmitificados, Coward se apoyó afortunadamente de un recurso inminentemente poderoso, el vestuario, cuyo diseño ejecutado por Nazario Loaiza, resalta por sí solo. Este, con el apoyo del maquillaje y los peinados confeccionados por Víctor Hugo Rosas, salvan la inexistencia de un concepto escenográfico -anunciado ufanamente en el programa- limitado a una pantalla luminosa trasera, que lo mismo se podría acomodar a una luz cenital para la aparición de Neptuno, dando un resultado austeramente similar.

El vestuario es la escenografía, el ambiente y la piel, que con la música y el canto forman un "full set" adecuado a lo que parece ser un ligero ejercicio de entretenimiento y diversión por parte de la dirección.

Divertido por sus alusiones metafóricas y juegos de intención más que por su abundancia de palabras desgastadas por el vulgo, el espectáculo de *Sirenas del corazón* viene a cubrir un espacio que se antoja verdaderamente para el teatro-cabaret, del cual no existe mucho por acá, y que abriría muchas otras posibilidades de éxito en continuidad, si el equipo que lo conforma se lo propone como meta.

Si menciono esto es precisamente porque pienso que significaría un verdadero impulso, un mayor desarrollo y enriquecimiento, el volver a ver dicho espectáculo dentro de una temporada que se repite durante largo tiempo en lugares como el Nopal, el Río Rita o algún Restaurant-Bar de la Revolución, que imaginario en un gran teatro en el que se presente una o dos veces y ya. Creo que las posibilidades de este juguete escénico son todavía más grandes, tanto como el margen de improvisación que se permita ampliar, cuidando, sobre todo, los hallazgos hasta ahora obtenidos.

No logro imaginar este espectáculo en una sala como la de la Casa de la Cultura, la del Teatro de la UABC o mucho menos la del Cecut, donde el despliegue de fuerzas transformaría lo logrado en el espacio donde actualmente se presenta. Puede uno equivocarse, ojalá me suceda así, porque sin luces y sin escenografía, otro gallo cantarla. Entonces no podría versear, como quiero hacerlo ahora:

*Sirenas del Corazón
háblenos de sus pasiones,
cántenos esta canción
en numerosas funciones.
Dobleguen su vanidad
rompiendo con su constumbre,
conviertan mito en verdad
y al orgullo prendan lumbre.*

Voces por ahí hablan de que se sigue trabajando y rehaciendo el espectáculo a través de ensayos periódicos. Esto es un buen principio. De ser cierto, será de alegrarse, porque entonces hallaremos eco en el afán de querer ser mejores y pulir el trabajo justo en el momento en que ya otros creen haberlo terminado: la función de estreno. Ojalá, ojalá sea cierto.

Fotos: Alfonso Lorenzana

